

gloria en el horizonte. Rosanette se alegró de tener un hombre que hablase en la Cámara.

—Y después te darán, quizás, un buen puesto.

Federico, hombre de todas las debilidades, fué conquistado por la demencia universal. Escribió un discurso y marchó á enseñárselo al señor Dambreuse.

Al ruido de la puerta que se cerraba, se levantó una cortina detrás de la ventana, y apareció una mujer. No tuvo tiempo para conocerla; pero en la antesala le detuvo un cuadro, el cuadro de Pellerin, colocado sobre una silla, provisionalmente, sin duda.

Aquello representaba la República, ó el progreso, ó la civilización, bajo la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora que atravesaba una selva virgen. Federico después de un minuto de contemplación exclamó:

—¡Qué bajeza!

—¿No es verdad, eh?—dijo el Sr. Dambreuse, que sobrevino al pronunciar aquella frase, imaginándose que concernía no á la pintura, sino á la doctrina glorificada por el cuadro. Martinon llegó en el mismo momento. Pasaron al gabinete, y Federico sacó un papel de su bolsillo, cuando la señorita Cecilia, entrando repentinamente, articuló con aire de candidez:

—¿Está aquí mi tía?

—Ya sabes que no—replicó el banquero.—

Pero no importa haz como si estuvieras en tu cuarto, señorita.

—Gracias, me voy.

Apenas salió, Martinon parecía buscar su pañuelo.

Lo he olvidado en mi paletó, dispensen ustedes.

—Bien—dijo el Sr. Dambreuse.

Evidentemente no se engañaba en aquella maniobra y aun quizás la favorecía. ¿Por qué? Pero muy pronto volvió Martinon y Federico empezó su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero torció el gesto. Luego, abordando las reformas, Federico pedía la libertad de comercio.

—¡Cómo!... Permítame usted.

El otro no oía y continuaba. Reclamaba el impuesto progresivo, una federación europea, y la instrucción del pueblo, estímulos ámplios para las bellas artes.

—Aunque el país suministrara á hombres como Delacroix y Hugo, cien mil pesetas de renta, ¿qué mal habría en ello?

Y concluía con algunos consejos á las clases superiores.

—No economiceis nada, ¡oh, ricos! dad, dad.

Se detuvo y permaneció de pie. Sus dos oyentes sentados no hablaban; Martinon abría

mucho los ojos; el Sr. Dambreuse estaba muy pálido. Por fin, disimulando su emoción, con agria sonrisa dijo:

—Es perfecto el discurso de usted, y elogió la forma bastante por no tener que expresarse respecto del fondo

Aquella virulencia de parte de un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como síntoma. Martinon trató de tranquilizarle. El partido conservador, de allí á poco, tomaría su revancha seguramente; en muchas villas habían echado á los comisarios del Gobierno provisional; las elecciones estaban fijadas para el 23 de Abril; había tiempo; en resumen, era preciso que el Sr. Dambreuse mismo se presentara en el Aube, y desde entonces Martinon no le abandonó ya, se convirtió en su secretario y le rodeó de filiales cuidados.

Federico llegó muy contento de su persona á casa de Rosanette. Allí estaba Delmar y le dijo que «definitivamente se presentaba candidato en las elecciones del Sena. En un manifiesto dirigido «al Pueblo», en que le tuteaba, el autor se vanagloriaba de comprenderlo «á él» y de haberse hecho, atendiendo á su bien, «crucificar por el Arte», de tal suerte que era su encarnación, su ideal; creía efectivamente tener sobre las masas una influencia enorme, hasta llegar á proponer más tarde en un despacho mi-

nisterial concluir él solo con una conmoción popular; y en cuanto á los medios que emplearía, contestó únicamente:

—No teman ustedes, les enseñaré mi cabeza.

Federico para mortificarle le notificó su propia candidatura. El cómico de la legua en el momento en que su futuro colega visitara la provincia, se declaró su servidor y ofreció zamparlo en los clubs.

Los visitaron todos, ó casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los descamisados, los místicos y los calaveras, aquellos en que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos en que se denunciaban los fraudes del Comercio; y por todas partes los locatarios maldecían á los propietarios, la blusa al frac, y los ricos conspiraban contra los pobres. Muchos querían indemnizaciones como antiguos mártires de la policía; otros imploraban dinero para poner en marcha inventos, ó se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública. Y luego, acá y allá, algún relámpago de ingenio en aquellas nubes de necedad, apóstrofes, súbitos como salpicaduras, el derecho formulado en un juramento, y flores de elocuencia en labios de un galopo, que llevaba el tahalí de un sable sobre su pecho desnudo y sin camisa. A veces también se veía á un caballero, aristócrata; humilde de

maneras, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para aparentar que estaban callosas. Un patriota le reconocía, los más virtuosos le zamaneaban y se iba de allí con la rabia en el alma. Debíase, por afectación de buen sentido, denigrar siempre á los abogados, y lanzar con la mayor frecuencia posible estas locuciones: «apretar su piedra al edificio,—problema social,—taller.»

Delmar no perdía las ocasiones de tomar la palabra; y cuando no encontraba nada que decir, su recurso era ponerse el puño en la cadera, el otro brazo en el chaleco, y se volvía de perfil, bruscamente de modo que se viera bien su cabeza. Entonces estallaban aplausos, los de la señorita Vatnaz en el fondo de la sala.

Federico, á pesar de lo endeble de los oradores, no se atrevía á arriesgarse. Todas aquellas gentes le parecían demasiado incultas ó demasiado hostiles.

Pero Dussardier se puso á buscar, y le anunció que existía en la calle de San Jacobo, un club titulado el *Club de la Inteligencia*. Semejante nombre daba buenas esperanzas. Además llevaría amigos.

Y con efecto, llevó á los que había invitado á su ponche; el tenedor de libros, el corredor de vinos, el arquitecto; hasta fué Pellerin y quizás Hussonet; y en la acera, delante de la puerta, se

hallaba Regimbart con dos individuos, de los cuales el primero era su fiel Compain, hombre un poco rechoncho, señalado de virtuela, con los ojos encarnados; y el segundo una especie de mono negro, extremadamente ca belludo, y que solo conocía por ser «un patriota de Barcelona.»

Pasaron por un corredor, y después fueron introducidos en una gran pieza, de uso de carpintero sin duda, y cuyas paredes, nuevas aún, olían á yeso. Cuatro quinqués colgados paralelamente daban allí una luz desagradable. Sobre un estrado al fondo, había una mesa con una campanilla; más baja otra que servía de tribuna y otras dos á los lados más pequeñas para los secretarios. El auditorio que llenaba los bancos estaba compuesto de antiguos aprendices, peones, literatos inéditos. Entre aquellas hileras de paletos de cuellos grasientos, se veían de cuando en cuando ó la cofia de alguna mujer, ó el *bourgeun* de un obrero.

El fondo de la sala estaba hasta repleto de obreros, que habían ido allí sin duda por ociosidad, ó llevados por los oradores para hacerse aplaudir.

Federico tuvo cuidado de colocarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se sentó, puso sus dos manos sobre el bastón, su barba sobre las dos manos y cerró los párpados, mien-

tras que en el otro extremo de la sala, Delmar, de pié, dominaba la asamblea.

En la mesa presidencial apareció Sénecal.

Aquella sorpresa, había pensado el buen dependiente que agradaría á Federico, mas por el contrario le molestó.

La muchedumbre demostró á su presidente una gran deferencia. Era de aquellos que el 25 de Febrero había querido la inmediata organización del trabajo; al día siguiente, en el Prado, se había pronunciado porque se atacará al Ayuntamiento; y como cada personaje se arreglaba entonces por un modelo, el uno copiaba á Saint Just, el otro á Danton, el otro á Marat, él trataba de parecerse á Blanqui, que á su vez imitaba á Robespierre. Sus guantes negros y su pelo cortado al rape le daban un aspecto rígido, extremadamente conveniente.

Abrió la sesión con la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, acta de fé habitual. Después con vigorosa voz entonó *Los Recuerdos del pueblo* de Beranger.

Otras voces se elevaron.

—No, no; eso no.

—*La Casquette*; se pusieron á ahullar, en el fondo los patriotas.

Y cantaron en coro la poesía del día.

*¡Abajo el sombrero ante mi gorra,  
De rodillas ante el obrero!*

A una palabra del presidente se calló el auditorio. Uno de los secretarios procedió al extracto de las cartas.

—Algunos jóvenes anuncian que queman todas las noches delante del Panteon un número de *La Asamblea Nacional*, y á la vez invitan á todos los patriotas á seguir su ejemplo.

—¡Bravo! ¡aceptado! —contestó la multitud

—El ciudadano Juan Jacobo Langreneux, tipógrafo, calle Dauphine, quisiera que se levantara un monumento á la memoria de los mártires de Termidor.

—Miguel Evaristo Nepomuceno Vincent, profesor, emite el deseo de que la democracia europea adopte la unidad de idioma. Podría utilizarse una lengua muerta, como, por ejemplo, el latín perfeccionado.

—No, nada de latín—exclamó el arquitecto.

—¿Por qué?—preguntó un maestro de estudios.

Y aquellos dos señores entablaron una discusión, á la que se mezclaron otros, lanzando cada cual su frase para deslumbrar, no tardando en convertirse en fastidiosa de tal suerte que muchos se marchaban.

Pero un viejecito, que llevaba en lo más bajo de su frente prodigiosamente alta gafas verdes, pidió la palabra para una comunicacion urgente.

Se trataba de una memoria sobre la distribución de los impuestos. Las cifras corrían en ella, sin vérsese el fin. La impaciencia estalló primeramente por algunos murmullos y conversaciones; pero nada le turbó. Después se pusieron á silbar, llamaban á «Azor», Sénecal respondió al público; el orador continuaba como una máquina. Fué preciso para detenerle tirarle de la manga. El buen hombre pareció salir de un sueño, y dijo quitándose tranquilamente sus gafas:

—Perdon, ciudadanos, perdon. Me retiro, dispensadme.

El fracaso de aquella lectura desconcertó á Federico. Tenía su discurso en el bolsillo, pero hubiera valido más una improvisación.

Por fin el presidente anunció que iban á pasar al asunto importante, á la cuestion electoral. No se discutirían las grandes listas republicanas. Sin embargo, *El Club de la Inteligencia* tenía perfecto derecho, como cualquier otro, para formar una «con perdon de los señores del Ayuntamiento» y los ciudadanos que solicitaran el mandato popular podían exponer sus títulos.

—Ande usted—dijo Dussardier.

Un hombre con sotana, pelo rizado y de fisonomía petulante, había ya levantado la mano. Declaró, tartamudeando, llamarse Ducretot, presbítero y agrónomo, autor de una obra titu-

lada *De los abono*. Le remitieron á un círculo horticultor.

Después un patriota de blusa ocupó la tribuna. Era un plebeyo, ancho de espaldas, de fisonomía gorda y muy dulce, con largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó hacia atrás la cabeza, y separand los brazos, dijo:

—Habeis rechazado á Ducretot, hermanos míos, y habeis hecho bien, pero no ha sido por irreligión, porque todos nosotros somos religiosos.

Muchos escuchaban con la boca abierta, con aire de catecumenos y pintunas extáticas.

—No ha sido tampoco porque es sacerdote, porque nosotros también somos sacerdotes. El obrero es sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, nuestro maestro Jesucristo.

Había llegado el momento de inaugurar el reinado de Dios. El Evangelio llevaba derechamente al 89. Después de la abolición de la esclavitud, la abolición del proletariado. Se había pasado de la edad del odio y estaba para empezar la edad del amor.

—El cristianismo es la llave de la bóveda y el fundamento del nuevo edificio...

—¿Se burla usted de nosotros?—exclamó el corredor de alcoholes.—¿De dónde ha salido semejante sandio?

Aquella interrupcion causó gran escándalo. Casi todos se subieron en los bancos, y vociferaban con el puño extendido: «Ateo, aristócrata, canalla» mientras que la campanilla del presidente sonaba incesantemente y redoblaban los gritos de «¡al orden! ¡al orden! Pero intrépido, y sostenido además por «tres cafés» tomados antes de venir, se movía en medio de los otros.

—¡Cómo! ¡Yo un aristócrata! ¡Vamos!

Consentido que al fin se explicaría, declaró que jamás se viviera en paz con los sacerdotes, y puesto que se había hablado hacía un momento de economías, sería una famosa la de suprimir las iglesias, las sagradas formas, y finalmente todos los cultos.

Alguien le objetó que iba lejos.

—Sí, voy lejos. Pero cuando un barco se ve sorprendido por la tempestad...

Sin esperar el final de la comparación, otro le contestó:

—Conformes; pero eso es demoler de un solo golpe, como un albañil sin discernimiento.

—Insulta usted á los albañiles—ahulló un ciudadano cubierto de yeso. Y obstinándose en creer que le habían provocado, vomitaba injurias, quería batirse, se montaba en su banco. No fueron demasiados tres hombres para echarle fuera.

Esto no obstante, el obrero continuaba en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que debía bajar; él protestó contra la violencia que se le hacía.

—No me impedireis gritar: ¡eterno amor á nuestra querida Francia; amor eterno también á la República.

—Ciudadanos — dijo entonces Compain;— ciudadanos.

Y á fuerza de repetir: «ciudadanos» obtuvo algún silencio, apoyó en la tribuna sus dos manos coloradas, que parecían zoquetes, adelantó el cuerpo, entornó los ojos y dijo:

—Creo que era preciso dar mayor extensión á la cabeza de ternero.

Todos callaron, pensando haber oído mal.

—Sí, á la cabeza de ternero.

Trescientas carcajadas estallaron á la vez. El techo tembló. Ante todas aquellas caras trastornadas por la alegría, Compain se echó atrás, y replicó furioso:

—¡Cómo! ¿no conocéis la cabeza de ternero?

Aquello fué un paroxismo, un delirio. Apretaban los costados; algunos hasta se caían al suelo, debajo de los bancos. Compain, no pudiendo continuar, se refugió cerca de Regimbart y quiso llevarse.

—No; me quedo hasta el final—dijo el ciudadano.

Aquella respuesta decidió á Federico; y como buscasse, á izquierda y derecha á sus amigos para sostenerle, vió, delante de él á Pellerin en la tribuna. El artista se dirigía á la multitud.

—Quisiera saber dónde está el candidato del Arte á todo esto. Yo he hecho un cuadro..

—No tenemos que hacer con los cuadros—dijo brutalmente un hombre flaco, que tenía manchas rojas en los pómulos.

Pellerin exclama que le interrumpían.

Pero el otro en tono trágico replicó:

—¿No debía haber abolido ya el Gobierno por un decreto la prostitución y la miseria?

Y aquella frase le valió inmediatamente el favor del pueblo, tronando contra la corrupción de las grandes poblaciones.

—Infamia y vergüenza. Debíamos atrapar á los burgueses al salir de la *Maison d'or* y cruzarles la cara. ¡Si el gobierno no favoreciera, al menos, el escándalo! Pero los empleados de consumos son muy indecentes, con nuestrashijas y nuestras hermanas...

Una voz profirió de lejos:

—Eso es *rigolo*.

—A la puerta.

—Se nos sacan contribuciones para pagar el libertinaje. Así los grandes sueldos de actor...

—A mí—exclamó Delmar.

Saltó á la tribuna, apartó á todo el mundo, tomó su postura, y declarando que despreciaba las triviales acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del cómico. Puesto que el teatro era el foco de la instrucción nacional, votaba por la reforma del teatro, y en primer término, no más direcciones, no más privilegios.

—Sí, de ninguna manera.

El juego del actor enardecía á la multitud y se cruzaban mociones subversivas.

—¡No más academias! ¡no más institutos!

—¡No más comisiones!

—¡No más bachillerato!

—¡Abajo los grados universitarios!

—¡Conservémosles!—dijo Sénecal—pero que se confieran por sufragio universal, por el pueblo, único juez verdadero.

Lo más útil, por otra parte, no era eso. Se necesitaba en primer lugar pasar el nivel sobre la cabeza de los ricos. Y les presentó atacándose de crímenes bajo sus dorados techos, mientras que los pobres, se retorían de hambre en sus bohardillas, cultivando todas las virtudes. Los aplausos se hicieron tan fuertes, que se interrumpió. Durante algunos minutos, permaneció con los párpados cerrados, la cabeza atrás y como meciéndose sobre aquella cólera que levantaba.

Después se puso á hablar de una manera

dogmática, con frases imperiosas como leyes. El Estado debía ampararse del Banco y de los Seguros.

Abolirse las herencias; establecerse un fondo social para los trabajadores. Otras medidas serían buenas para el porvenir; aquellas bastaban al presente; y volviendo á las elecciones, añadió:

—Necesitamos ciudadanos puros, hombres enteramente nuevos. ¿Hay alguno que se presente?

Federico se levantó. Hubo un murmullo de aprobación producido por sus amigos. Pero Sénecal, tomando una figura á lo Jouquier-Iniville, se puso á interrogarle acerca de sus nombres, apellidos, antecedentes, vida y costumbres.

Federico le contestaba sumariamente y se mordía los labios. Sénecal preguntó si alguien tenía obstáculo que oponer á aquella candidatura.

—No, no.

Pero él sí lo veía. Todos se inclinaron y alargaron las orejas. El ciudadano protestante no había dado una cierta suma prometida para una fundación democrática, un periódico. Además, el 22 de Febrero, aunque fué suficientemente advertido, había faltado á la cita, en la plaza del Panteón.

—Yo juro que estuvo en las Tullerías—exclamó Dussardier.

—¿Puede usted jurar haberle visto en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza. Federico se callaba; sus amigos escandalizados le miraban con inquietud.

—A lo menos—replicó Sénecal—¿conoce usted un patriota que nos responda de sus principios?

—Yo—dijo Dussardier.

—¡Oh, eso no es bastante, otro.

Federico se volvió hacia Pellerin. El artista le contestó por multitud de gestos que significaban: «Amigo mío, á mí me han rechazado ¿qué diablo quiere usted hacerle?»

Entonces Federico tocó con el codo á Regimbart.

—¡Oh, sí, es verdad, ya es tiempo, voy allá!

Y Regimbart subió la escalera; después indicando al español que le había seguido, añadió:

—Permitidme, ciudadanos, que os presente á un patriota de Barcelona.

El patriota hizo un gran saludo, movió como un autómatas sus ojos de plata, y con la mano sobre el corazón, dijo:

—Ciudadanos: mucho aprecio el honor que me dispensáis, y si grande es vuestra bondad, mayor es vuestra atención.



—¡Pido la palabra!—gritó Federico.

—Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta numerosos y heroicos mártires.

Federico una vez más quiso hacerse oír.

—¡Pero ciudadanos!...

El español continuaba:

—El martes próximo tendrán lugar en la iglesia de la Magdalena unos funerales.

—¡Pero esto es absurdo, nadie comprende!

Aquella observación exasperó á la muchedumbre.

—¡A la calle, á la calle!

—¿Quién, yo?—preguntó Federico.

—Usted mismo—dijo majestuosamente Sénecal.—Salga usted.

Se levantó para marcharse, y la voz del ibero le perseguía.

—Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubs y de la milicia nacional. Una oración fúnebre, en honor de la libertad española y del mundo entero, será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo, si no fuese ciudadano de otra nación.

—¡Aristo!—chilló un quidam enseñando los

puños á Federico, que se lanzó hácia el patio indignado.

Se reprochó su sacrificio sin reflexionar que las acusaciones que le fueron dirigidas eran justas después de todo. ¡Qué fatal idea la de aquella candidatura!

¡Pero qué asnos! ¡qué pillos! Comparábase con aquellos hombres y aliviaba con su necesidad la herida de su orgullo.

Después sintió necesidad de ver á Rosanette. Después de tantas fealdades y tanto énfasis, su gentil persona sería un consuelo. Sobía ella que debía aquella noche presentarse en un club. Sin embargo, cuando entró ni siquiera le hizo una pregunta.

Hallábase cerca del fuego descosiendo el forro de un vestido. Semejante trabajo le sorprendió.

—¡Calla! ¿qué es lo que haces?

—Ya lo ves,—dijo secamente.—Compongo mis trapos. Esto es tu República.

—¿Por qué mi República?

—¿Quizás será la mía?

Y se puso á censurar todo lo que pasaba en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de ser la causa de su ruina, de que las gentes ricas abandonaran á París, y que más tarde ella iría á morir al hospital.

—Tú hablas á tu gusto con tus rentas. Por lo demás, al trote que esto va, no las tendrás mucho tiempo.

—Puede—dijo Federico; —los más decididos son siempre desconocidos; y si uno no tuviera su conciencia, los brutos con quienes uno se compromete le harían aborrecer la abnegación.

Rosanette le miró con ceño.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué abnegación? ¿El señor no ha tenido éxito, á lo que parece? Tanto mejor; eso te enseñará á hacer dones patrióticos. ¡Oh! No mientas. Sé que les has regalado trescientas pesetas, porque tu República se hace mantener. Pues bien, diviértete con ella, buen hombre.

Ante aquella avalancha de necedades, Federico pasó de su otra contrariedad á una decepción más pesada. Se retiró al fondo de la habitación, y ella se le acercó.

—Vamos, razona un poco. En un país como en una casa, se necesita un amo; de otro modo cada cual baila como le place. En primer lugar todo el mundo sabe que Ledru-Rollin se vé lleno de deudas. En cuanto á Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? Puedes mover la cabeza y creerte con más talento que los otros, lo que digo es la verdad, sin embargo. Pero tú discutes siempre, no se puede meter baza contigo. Mira, por ejemplo, á Four-

nier-Fontaine, de los almacenes de San Roque, ¿sabes cuánto pierde? ochocientas mil pesetas. Y Gomer, el embalador de enfrente, este es otro republicano, rompía las tenazas en la cabeza de su mujer, y ha bebido tanto ajeno, que van á encerrarle en una casa de salud. Como este son todos los republicanos. Una República á 25 por 100. Ah, sí, jáctate.

Federico se marchó. La ineptitud de aquella chica, presentándose de repente con un lenguaje populachero, le disgustaba, y hasta se sintió de nuevo patriota.

El mal humor de Rosanette fué en aumento. La Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyéndose en misión, tenía rabia por perorar, por catequizar, y más fuerte que su amiga en esas materias, la aplastaba con argumentos.

Un día llegó toda indignada contra Hussonnet, que acababa de permitirse bromas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó aquella conducta, hasta declarar que usaría traje de hombre para ir á «decirles á todas lo que merecían y pegarlas.» Federico entró en aquel momento: «Tú me acompañarás ¿no es verdad?»

Y á pesar de hallarse él delante, se enzarzaron, haciéndose una la burguesa y filósofa la otra.

Las mujeres, según Rosanette, habían nacido exclusivamente para el amor ó para criar niños

y estar al frente de una casa. Según la Vatnaz, la mujer debía tener su puesto en el Estado. En otro tiempo, las galas legislaban, también las anglosajonas, y las esposas de los Hurons formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común. Se necesitaba el concurso de todos y sustituir por fin el egoísmo con la fraternidad, el individualismo con la asociación, al sistema parcelario el gran cultivo.

—Vaya ¿ahora entiendes tú de cultivo?

—¿Por qué no? Por otra parte se trata de la humanidad, de su porvenir.

—Ocupate del tuyo.

—Eso es cosa mía.

Iban incomodándose y Federico se interpuso. La Vatnaz se acaloraba y hasta llegó á sostener el comunismo.

—¡Qué tontería!—dijo Rosanette.—¿Podrá eso llegar jamás?

La otra citó como prueba á los Esenios, á los Frailes Moravios, á los jesuitas del Paraguay, la familia de los Pingons cerca de Thiers en Auvernia; y como gesticulara mucho, su cadena de reló se enredó con un borreguillo de oro de su colección de dijes.

De repente palideció Rosanette extraordinariamente. La Vatnaz seguía desenredando su dije.

—No te molestes más—expresó Rosanette—ahora conozco tus opiniones políticas.

—¿Qué?—exclamó la Vatnaz, poniéndose tan encarnada como una virgen.

—¡Oh! ya me comprendes.

Federico no comprendía. Había sobrevenido entre ellas evidentemente algo más capital y más íntimo que el socialismo.

—Y aun cuando así fuera—replicó la Vatnaz irguiéndose intrépidamente.—Es un préstamo, querida mía, deuda por deuda.

—¡Pardiez! yo no niego las más. ¡Qué historia por algunos miles de pesetas! Yo pido prestado, al menos; pero no robo á nadie.

La señorita Vatnaz trató de reír.

—¡Oh! si pondría mi mano al fuego.

—Ten cuidado que está tan seca que puede arder.

La vieja señorita le presentó su mano derecha dejándola levantada á la altura de su rostro diciendo:

—Algunos amigos tuyos la encuentran aceptable.

—¿Cómo castañuelas? Serán andaluces.

—¡Mala mujer!

La Mariscala hizo un gran saludo.

—Ya no hay atractivos.

La Vatnaz no contestó nada. Algunas gotas de sudor brotaron de sus sienas. Sus ojos se fi-

jaban en la alfombra; estaba jadeante. Por fin llegó á la puerta, y haciéndola crugir vigorosamente, dijo:

—Buenas tardes. Tendrá usted noticias mías.

—Adios—dijo Rosanette.

Su violencia la había destrozado. Dejéase caer sobre el diván, toda temblorosa, balbuceando injurias, derramando lágrimas. ¿Era aquella amenaza de la Vatnaz lo que la atormentaba? No. ¡Bastante la importaba! Después de todo, quizás la otra le debiera dinero. Era el borreguillo de oro, un regalo, y en medio de su llanto se le escapó el nombre de Delmar. Luego amaba á aquel botarate.

—Entonces ¿por qué me ha aceptado?—se preguntó Federico.—¿Qué significa eso de que haya vuelto? ¿Quién la obliga á retenerme? ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Los pequeños sollozos de Rosanette continuaban; seguía sentada en el borde del diván, echada á un lado, con las mejillas en entrambas manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido, que se aproximó á ella y la besó en la frente con dulzura.

Entonces ella le dió mil seguridades de ternura; el príncipe acababa de marcharse y serían libres. Pero en el momento se encontraba... apurada. Tú mismo lo has visto; el otro día, cuando utilizaba mis forros viejos. No más ca-

truajes ahora. Y no era eso todo; el tapicero amenazaba con llevarse los muebles del cuarto y del gran salon; ella no sabía qué hacer.

Federico tuvo propósito de contestar: «No te inquietes; yo pagaré.» Pero la señora podía mentir. La experiencia le había instruído, y se limitó sencillamente á consolarla.

Los temores de Rosanette no eran vanos; fué preciso entregar los muebles y dejar la bonita habitacion de la calle Drouot. Tomó otra, en el bulevar Poissonnière, piso cuarto. Las curiosidades de su antiguo tocador fueron suficientes para dar á las tres piezas un tipo coquetón. Tuvo estors chinos, una marquesita en la terraza, en el salón un tapiz de lance, todavía nuevo enteramente, con pufs de seda rosa. Federico había contribuído ampliamente á aquellas adquisiciones; experimentaba la alegría de un recién casado que posee por fin una casa suya, una mujer suya; y agradándole aquello mucho, venía á dormir allí casi todas las noches.

Una mañana, al salir de la antesala, apercibió en la escalera hácia el piso tercero el chacó de un guardia nacional que subía. ¿A dónde iba? Federico le esperó. El hombre seguía subiendo con la cabeza un poco baja: levantó los ojos. Era el Sr. Arnoux. La situacion aparecía clara; se ruborizaron al mismo tiempo, igualmente contrariados.

Arnoux encontró primero el medio de salir de él.

—¿Está mejor? ¿no es verdad? Como si Rosanette estuviera enferma y él fuera á buscar noticias.

Federico se aprovechó de aquel expediente.

Sí por cierto; su criada me lo ha dicho al menos; dando á entender que no le habían recibido.

Después permanecieron frente á frente, ambos irresolutos y observándose, pensando cada cuál quién no se iría. Arnoux una vez más resolvió la cuestion.

—¡Ah! Ya volveré más tarde. ¿Dónde quiere usted ir? Le acompaño á usted.

Y cuando estuvieron en la calle, se puso á hablar con la naturalidad de costumbre. Indudablemente ó no tenía el carácter celoso, ó era demasiado bonachon para enfadarse.

Por otra parte la patria le preocupaba. Al presente no abandonaba el uniforme. El 29 de Marzo había defendido las oficinas de *La Prensa*. Cuando se aclamó la Cámara, señalóse por su valor, y fué de los del banquete ofrecido á la guardia nacional de Amiens.

Hussonet, siempre de servicio con él, se aprovechaba más que nadie de su frasco y de sus cigarros; pero irreverente por naturaleza, se complacía en contradecirle, denigrando el

estilo poco correcto de los decretos, las conferencias del Luxemburgo, las vesuvianas, las tiroleras, todo. hasta el carro de la Agricultura, arrastrado por caballos en vez de bueyes y escoltados por jóvenes feas. Arnoux por el contrario, defendía al Poder, y soñaba con la pasión de los partidos. Sin embargo, sus negocios tomaban mal aspecto, inquietándole medianamente.

Las relaciones de Federico y la Mariscala no le habían entristecido, porque aquel descubrimiento le autorizó (en su conciencia) á suprimir la pension que había vuelto á señalarle desde la marcha del príncipe; alegando la dificultad de las circunstancias, gimiendo mucho, y Rosanette fué generosa. Entonces Arnoux se consideró como el amante del corazon; cosa que le elevaba en su propia estimación, rejuveneciéndole. No dudando que Federico pagaría á la Mariscala, se imaginaba «dar una buena broma» llegando hasta á ocultarse, y dejarle el campo libre cuando se encontraban.

Esta comunidad hería á Federico; y las cortesías de su rival le parecían una burla de mal género, demasiado prolongada. Pero enfadándose, se hubiera quitado toda probabilidad de volver á la otra, siendo, además, el único medio de oír hablar de ella. El comerciante de porcelanas, según costumbre, ó, quizás por malicia, la

recordaba gustosamente en su conversación, y hasta le preguntaba por qué no iba ya á verla.

Federico, habiendo agotado todos los pretextos, aseguró que había estado en casa de la señora muchas veces inútilmente. Arnoux quedó convencido de esto, porque frecuentemente se extasiaba delante de ella acerca de la ausencia de su amigo, y ella respondía siempre que no estaba cuando vino á visitarla; de suerte que aquellas dos mentiras, en vez de contrariarse se corroboraban.

La dulzura del joven y la alegría de tenerle por juguete hacían que Arnoux le quisiera más. Llevaba su familiaridad hasta los últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió que un negocio urgente le llamaba á provincias, por veinticuatro horas, y le rogaba hiciera la guardia por él. Federico no se atrevió á rehusar, y se presentó en el puesto del Carrousel.

Tuvo que sufrir la sociedad de los guardias nacionales, y salvo un purificador, hombre chistoso que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más brutos que sus cartucheras. La conversación capital fué acerca de la sustitución de las correas por el cinturón. Otros trinaban contra los talleres nacionales. Decían: «¿A dónde vamos?» El que había recibido el apóstrofe contestaba abriendo los ojos, como al

borde de un abismo: «Esto no puede durar; es preciso concluir.» Y repitiéndose los mismos discursos hasta la noche, Federico se fastidió mortalmente.

Grande fué su sorpresa, cuando á las once, vió aparecer á Arnoux, quien seguidamente dijo que corría á libertarle, estando ya concluido su negocio. Este negocio no había existido; era una invención para pasar veinticuatro horas, solo, con Rosanette. Pero el excelente Arnoux había contado demasiado consigo mismo, de tal suerte que en su laxitud, le entró remordimiento. Vino á dar las gracias á Federico y le invitó á cenar.

—Mil gracias; no tengo hambre, solo deseo mi cama.

—Razón de más para desayunarnos juntos, pronto. ¡Qué blando es usted! Esta no es hora de ir á casa, es demasiado tarde; sería peligroso!

Federico cedió una vez más. Arnoux, á quien no esperaban, fué bien acogido por sus hermanos de armas, principalmente por *el purificador*.

Todos lo amaban; y él era tan buen muchacho que sintió la presencia de Hussonet. Pero tenía necesidad de dormir un minuto, nada más.

—Póngase usted cerca de mí—dijo á Federico— extendiéndose sobre su cama de campaña,